

De cómo las ventas se convierten en castillos

A través de la ficción queremos construir tal vez un mundo como el que deseamos, pero esta mimesis es conflictiva. Muchas veces viene cargada de violencia frente a la realidad que no deseamos ver. Y ese deseo no siempre pertenece a nuestra subjetividad, sino que ha sido creado en nosotros por otro, el mediador. Frente a él nuestra identidad desaparece.

Escribe un ensayo, no una disertación académica sobre el Quijote fue la petición de Rafael Arráiz Lucca. Hace tiempo que no lo leo, respondí; pero el recuerdo de la novela se fue ampliando en mi interior hasta que acaricié la idea de volver este requerimiento realidad. Por eso las ventas se convierten en castillos.

Leí a Don Quijote de la Mancha completo en la playa, rodeada de palmeras frente al mar Caribe, anticipándome al futuro curso de literatura española que cursaría en marzo de 1975 en la Universidad Católica Andrés Bello. Allí me esperaba la profesora Elizabeth Auvert, zuliana y enamorada, no de Cervantes sino de Lope de Vega, sobre quien había hecho un doctorado en los Estados Unidos. Conocía el siglo de oro como pocos, en la Venezuela de los setenta. Mi experiencia de vida en aquel momento creo que era bastante escasa para enfrentarme a una obra como el Quijote. Sin embargo, pensando esto, le acabo yo misma de regalar unos episodios del libro a mi sobrino que tiene ocho años. Que contradictorios somos los mortales. Para enfrentarnos a la obra, pequeños o grandes debemos sólo dejarnos contagiar por su relato. Existen ventas que se convierten en castillos en todas las edades.

Recuerdo como la profesora Auvert nos explicó el Capítulo XVII de la primera parte, y en concreto el párrafo donde Maritornes paga las cuentas de Sancho:

“Y al acabar de decir esto y el comenzar a beber, todo fué uno; mas, como el primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó a Maritornes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mesmo dinero; porque, en efecto, se dice de ella que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de

▶ **Laura Febres**

Profesora Universidad Metropolitana,
Departamento de Humanidades

cristiana.”

(Cervantes, 1958, pag. 158)

Por supuesto, que no dejó de explicarnos lo que significaba “el trato” que se refería, tal vez, no sólo al hecho de que trabajara en una venta, sino que probablemente estaba dedicada a la prostitución y de como Cervantes podía ver en una prostituta rasgos altruistas, ausentes en otros hombres y mujeres más encumbrados socialmente. Además, su condición de cristiana viene descrita con ese juego de palabras espaciales tan propias de la psicología jungiana, como son la sombra y el lejos que he estudiado un poco últimamente.

Esta iba a ser la primera lección del Quijote para mi vida, en la cual me he convencido de que las etiquetas con que solemos clasificar a las personas no responden a su verdadera condición. Muchas veces mientras más se habla de honestidad se es menos honesto en la práctica. Existe por tanto esa sombra y lejos de la imagen que proyectamos que tiene un juego extraño con lo que consideramos verdad. Si es que tratándose del Quijote, ésta se puede fijar en alguna parte. Cuando hablamos de los medios de comunicación modernos, creo que la sombra y el lejos distancian aún más el verdadero ser de la imagen. Si es que podemos hablar de ser en un mundo donde la apariencia se ha convertido en el único ser posible.

Sin embargo, con Maritornes que nos convierte la venta en castillo, nos hemos encontrado todos alguna vez y es gracias a este tipo de personajes que sentimos que la vida consigue, a veces, su sentido, a través de la generosidad de otros que no tienen ninguna obligación para con nosotros.

En estos días llegué a la bomba de Terrazas del Ávila y puse aceite y gasolina. Cuando me di cuenta no tenía suficiente plata en la cartera para pagar. El bombero de gasolina me dijo, no

importa vuelva mañana y me paga lo que le falta. Me olvidé del hecho y pasó mes y medio. Regresé a devolverle el dinero. Al despedirme me dijo lo siguiente: “Vuelva por aquí, con plata o sin plata, yo le pongo gasolina”. Aunque a lo mejor después se arrepintió de lo que me dijo porque podía aprovecharme de su generosidad, me había encontrado con una Maritornes venezolana en el camino a la Universidad y eso me reconcilió con la condición humana. Como se la había encontrado Sancho en una venta por los caminos de la Mancha.

Cuando fui a hacer mi tesis de licenciatura me topé nuevamente con el Quijote pero ahora con una interpretación diferente expresada en el libro de Cesáreo Bandera, titulado *Mimesis Conflictiva* que me sirvió como marco teórico para aquel trabajo. Era sobre Teresa de la Parra y me encontré entonces con la frase acerca de María Eugenia Alonso, la cual dice que ella era un Quijote con faldas. Quería luchar por la igualdad de la mujer venezolana, pero no pudo convertir la venta en Castillo porque sucumbió en la pelea. Fue sacrificada por la sociedad, como Ifigenia la hija de Agamenón. En ella las mujeres no tenían identidad, por lo que ni siquiera les era permitido decir que leían otro libro diferente al de las recetas de cocina. *Ifigenia* es una obra con mucha influencia cervantina sobre todo en lo que se refiere al humor que en ella se expresa, muy emparentado con el de Cervantes.

Aquí me enfrenté a los conceptos de la ficción, el deseo, la mediación y lo sagrado. A través de la ficción queremos construir tal vez un mundo como el que deseamos, pero esta mimesis es conflictiva. Muchas veces viene cargada de violencia frente a la realidad que no deseamos ver. Y ese deseo no siempre pertenece a nuestra subjetividad, sino que ha sido creado en nosotros por otro, el mediador. Frente a él nuestra identidad desaparece. Muestra

de esto es la novela de *El Curioso Impertinente* escrita en los capítulos XXXIII, XXXIV Y XXXV de la primera parte, ante la que me quedé anonadada cuando la leí por primera vez. ¿Cómo puede hacerle eso un marido a su esposa? Me preguntaba. Sobre ella y su presencia en el Quijote nos dice Bandera:

“Ni la historia de uno ni la de otro personaje son simples ‘recaídas en el género romántico-novelesco’, sino, por el contrario, etapas importantes dentro del Quijote que nos conducen progresivamente a la revelación de ese deseo que ‘fatiga y aprieta’ a Anselmo y que, como este mismo dice, es tan extraño y tan fuera del uso común que yo me maravillo de mí mismo y procuro callarlo y encubrirlo de mis propios pensamientos’.” (Bandera Cesáreo, 1975, pag. 146)

“Este mundo de la mediación es el de la fascinación. El sujeto del deseo metafísico es un individuo esencialmente fascinado, víctima de una irresistible atracción hacia un determinado modelo. En dicho mundo los espejismos surgen a cada paso, se vive, de hecho, dentro de un espejismo colosal. El individuo no ve nunca los objetos de su más íntimo deseo tal como éstos en realidad, sino a través del prisma de un deseo ajeno. El mundo se desrealiza, la ficción puede invadirlo todo. Es éste asimismo el mundo del deseo intenso, el mundo de las grandes pasiones. La mediación no sólo no amortigua la fuerza del deseo, sino que, por el contrario, la espolea, la inflama al cubrir el objeto deseado con el aura de la divinidad.” (Bandera, Cesáreo, 1975, pag. 73).

La transformación que sufre Sancho cuando en sus conversaciones con Teresa Panza afirma que desea casar a su hija con un noble, puede ser muestra de la alquimia que se produce en todos los personajes de la novela en el momento en que se ponen en contacto con la locura quijo-

tesca. Transformación de Sancho que hace dudar al traductor de la veracidad de la historia y a su esposa Teresa, de la personalidad de su marido. Toda esta alquimia trae malos entendidos y tristeza y violencia en los personajes que la sufren. Sin embargo, en este caso el episodio se resuelve con mucha ternura y sentido práctico por parte de Sancho:

“-En efecto, quedamos de acuerdo –dijo Sancho– de que ha de ser condesa nuestra hija.

-El día que yo la viere condesa –respondió Teresa–, ése haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto; que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes a sus maridos, aunque sean unos porros.

Y en esto comenzó a llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada a Sanchica. Sancho la consoló diciéndole que ya que la hubiese de hacer condesa, la haría todo lo más tarde que ser pudiese.” (Cervantes, 1958, pag. 576).

Pero hay otro episodio que comenta Bandera que me ha sido de invaluable uso en las relaciones interpersonales, en las que a veces se desdibujan las identidades, y los objetos que tienen características precisas, se transforman en otros, debido a las valoraciones distintas que los hombres les confieren, en relación a los intereses que están en juego en la pelea. Es éste el episodio del yelmo y la bacía, en el cual frente al objeto, don Quijote afirma que es el yelmo de Mambrino, el barbero dice que es su bacía y Sancho termina diciendo que es un bacyelmo.

No solamente participan de esta disputa los tres personajes en cuestión, sino que se suman a ella todos los personajes que se encuentran en ese momento en la venta, quienes se parcializan bien por la versión de don Quijote o por la del barbero:

Los episodios en los cuales se genera la violencia en el Quijote, son una pintura muy cierta de cómo ésta invade la vida. Una vez que se estructuran los dos bandos que forman parte en la contienda, los individuos que pertenecen a ellos desdibujan su identidad. Son capaces de realizar los actos más rastreros que probablemente como individuos, fuera del contexto que suscita la pelea, no hubieran cometido.

“El barbero aporreaba a Sancho, Sancho molía al barbero, don Luis a quien un criado suyo se atrevió a asirle del brazo porque no se fuese, le dio una puñada que le bañó los dientes en sangre, el oidor le defendía, don Fernando tenía debajo de sus pies a un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy a su sabor; el ventero tornó a reforzar la voz, pidiendo favor a la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre. Y en mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria de don Quijote que veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo, con voz que atronaba la venta:

-Ténganse todos; todos envainen; todos se sosieguen; óiganme todos, si todos quieren quedar con vida.”

(Cervantes, 1958, pag. 462.)

Los episodios en los cuales se genera la violencia en el Quijote, son una pintura muy cierta de cómo ésta invade la vida. Una vez que se estructuran los dos bandos que forman parte en la contienda, los individuos que pertenecen a ellos desdibujan su identidad. Son capaces de realizar los actos más rastreros que probablemente como individuos, fuera del contexto que suscita la pelea, no hubieran cometido.

En el Quijote las causas de estas peleas son totalmente pequeñas y nimias. En la vida real, si es que podemos utilizar este adjetivo en una disertación donde las ventas pueden convertirse en castillos, vienen revestidas del poder y de justificación. Sin embargo, el resultado es el mismo o peor que en el Quijote: muerte, heridas, sufrimiento, pérdidas materiales y espirituales.

A desentrañar el proceso de como la vida se

ficcionaliza o como la ficción se vuelve realidad, dediqué dos años de mi vida en un seminario de la escuela de Letras donde tuve la suerte de sustituir al padre Jesús Olza Zubiri S. J. cuando tuvo que ausentarse de la Universidad. En el seminario teníamos como obras de estudio fundamentales al

Quijote y al libro *Mimeisis conflictiva* de Cesáreo Bandera y es de ese proceso del cual estamos hablando fundamentalmente aquí. Tendemos constantemente los mortales como mecanismo de supervivencia a convertir las ventas en castillos, pero este proceso que tal vez nos lleva a construir lo más hermoso de nuestras vidas cuando es confrontado con la realidad se resquebraja, y este rompimiento produce desde el desencanto hasta la muerte, como comprueba reiteradamente el Quijote en algunos de sus numerosos capítulos y probablemente nuestra experiencia. Construimos castillos constantemente, pero la realidad los resquebraja o los desbarata.

Típico ejemplo de esto es la pasión amorosa, vista por el Quijote desde distintos ángulos y en diferentes parejas que ficcionalizan su amor y lo convierten en la felicidad de sus vidas, pero en todas ellas éste ha arrancado muchas lágrimas a sus existencias para poder ser logrado y no sabemos qué pasará después con la pasión, cuando termine su historia en la novela. Cervantes hace tanto uso de la pasión amorosa porque sabe que el filtro de Afrodita lo hemos tomado todos los hombres. Algunos actuamos o luchamos por mantener una de las ficciones que en torno a él se ha creado nuestra psique, como lo realiza Don Quijote en el capítulo XLIV de la segunda parte cuando defiende su pasión por Dulcinea del Toboso, ya que la duquesa quiere tentarlo con otras damas:

“-En verdad –dijo la duquesa–, señor don Quijote, que no ha de ser así: que le han de servir cuatro doncellas

de las mías, hermosas como unas flores.

-Para mí –respondió don Quijote– no serán ellas como flores, sino como **espinas** que me punquen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro; que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo. Y, en resolución, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude.” (Cervantes, 1958. pag. 851)

Frente a la violencia de la pasión, el cuerpo también tiene que ser protegido por una “muralla” dice don Quijote, que impida que el castillo que se ha construido en su alma por Dulcinea del Toboso se derrumbe frente a otras exigencias de la realidad. Podríamos decir que Don Quijote ejerce cierto tipo de violencia contra sí mismo para que esto no suceda.

El mecanismo más característico de relativizar la ficción es el humor cervantino, que a través de los episodios de la novela pone en contraposición los opuestos (venta-castillo) para lograr mediante el choque liberador que ocurre entre ellos, nuestra sonrisa que se presenta independientemente de la gravedad de los asuntos planteados.

“Deja, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa, que ha de causar el saber cómo se portó en su cargo, y en tanto, atiende a saber lo que le pasó a su amo aquella noche; que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa jimia, porque los sucesos de don Quijote, o se han de celebrar con admiración, o con risa.” (Cervantes. 1958, pag. 850)

Después de esta reflexión sobre la violencia que se genera entre los opuestos, y de la ironía que es una forma y también una respuesta al choque que se produce entre estos, continué sin buscarlo sutilmente encadenada a la reflexión cervantina, en las siguientes tres figuras que trabajé después de mis ensayos sobre Teresa de la Parra

Tanto Pedro Henríquez Ureña, Mario Briceño-Iragorry, como el Obispo Mariano Martí eran admiradores de las aventuras del Ingenioso Hidalgo. Cada uno lo expresó a su manera en los hechos que revelaremos a continuación.

El último de ellos formó parte activa de la colonización de América por España en el siglo XVIII y los otros dos fueron defensores de la obra realizada por esa nación en América. Es decir, hicieron realidad el sueño que Cervantes no pudo realizar cuando pidió permiso para venir a colonizar las tierras de América; permiso que le fue negado de la siguiente forma:

“Los miembros del Consejo respondieron negativamente, encargándose de esta comisión el Licenciado Núñez de Morquecho, relator del Consejo de Indias, quien en forma irónica y terminantemente expresa a Cervantes: “Busque por acá en que se le haga merced”. (Moreno Raquel, 2000, pag. 70)

Cuando yo transcribía el inventario de la biblioteca, que el Obispo Mariano Martí tenía a la hora de su muerte en el Palacio Arzobispal de Caracas en 1792, fue grande mi sorpresa cuando en el expolio o inventario levantado, tanto por los funcionarios del Capitán General como por los del Intendente, aparece un ejemplar del Quijote. Referencia que no deja de ser del todo curiosa porque Pedro Henríquez Ureña en un artículo titulado “Apuntaciones sobre la novela en América” publicado en la Plata, Argen-

tina afirmaba que la corona prohibió el ingreso de novelas a todo el territorio colonizado, sin embargo decía que a pesar de esto, el Quijote tuvo una extensa circulación en nuestras tierras. Más tarde afirmará en su libro *Las corrientes literarias en la América Hispánica*:

“Investigaciones recientes ‘han demostrado que las novelas se enviaban de España a América en grandes cantidades, y que aquí las vendían abiertamente los libreros. No parece que tan floreciente comercio haya sido de contrabando, y por lo tanto se desprende de los reales decretos de 1531 y 1543 contra la circulación de “vanas i mentirosas fábulas” en el Nuevo Mundo no se aplicaban ya hacia 1600”
(Henríquez Ureña, Pedro. 1978, pag. 221)

Hizo caso omiso el Obispo Martí a esas prohibiciones que le hubieran impedido disfrutar en la Caracas colonial, poco antes de la Independencia, del libro mencionado.

Era Pedro Henríquez Ureña nativo de Santo Domingo, República Dominicana (1884-1936) un gran estudioso de este libro, y no sólo de él sino de la crítica que se había hecho en la modernidad sobre él. En un artículo titulado *Cervantes* nos dice:

“Este caballero andante, con su amor al heroísmo de la Edad Media y su devoción a la cultura del Renacimiento, es víctima de la nueva sociedad, inesperadamente mezquina, donde hasta los duques tienen alma vulgar: ejemplo vivo de cómo las épocas cuyos ideales se simbolizan en la aventura, primero, y luego en las Utopías y Ciudades del Sol, vienen a desembocar en la era donde son realizaciones distintivas los códigos y la economía política.”
(Henríquez Ureña, Pedro. 1978, pag. 236).

De la misma manera el autor venezolano que estudié en la década de los noventa, Mario Briceño-Iragorry (1897-1958) era llamado por muchos un Quijote venezolano.

La lucha contra un modelo de pensamiento que no nos era propio y que se estaba imponiendo, no sólo en la sociedad venezolana sino en todo Hispanoamérica, fue una preocupación constante a lo largo de parte de su existencia. El estudio de nuestras tradiciones y de nuestra Historia que pudieran llevarnos al afianzamiento de nuestra identidad, se convirtió para él en una lucha quijotesca que nos recuerda a la que sostuvo nuestro ingenioso hidalgo con los gigantes, que eran molinos de viento.

Los venezolanos e hispanoamericanos que pierden su identidad en la contienda con los valores norteamericanos, como la había perdido Don Quijote con su imitación de las novelas de caballería, deben recuperar sus valores esenciales, sobre todo la solidaridad hispánica, histórica y venezolana que hemos cambiado por ideales egoístas que no son nuestros.

“Se nos considera pues, como meras rodajas de un sistema político dirigido por Washington. De antemano se nos supone al servicio de intereses contrarios a nuestro sentido nacional. Tal vez este juicio tenga su afincajero en la actitud de nuestros países en relación con los intereses de la desorganizada comunidad hispanoamericana.”
(Febres Laura, 2001, pag. 321)

En esta lucha los valores que debemos buscar debían estar orientados por los expuestos en el Quijote y en otras obras de la literatura española en las cuales nuestro norte estaba, según él, expresado:

“Idea tocada de eternidad, nuestro hispanismo

descansa en el espíritu de personalidad que distingue y da carácter al insobornable pueblo de Sagunto y de Bailén. Sus valores tienen la intemporalidad mítica de todo lo que dura: el alcalde de Zalamea, Don Quijote de la Mancha, Ruy Díaz de Vivar, Santiago, el del níveo caballo, que todas las noches transita su luminoso camino de estrellas, en espera de ser invocado por quienes tengan el ánimo dispuesto a santificarse en el servicio de la libertad del pueblo.” (Febres Laura. 2001, pag. 280)

Mariano Martí, Teresa de la Parra, Pedro Henríquez Ureña y Mario Briceño-Iragorri sin yo buscarlo, habían tenido unos, a Cervantes y otro al Quijote como modelo para sus vidas y para sus obras. Todos ellos desde diferentes perspectivas pensaron hondamente sobre la realidad hispanoamericana o venezolana. Cada uno trató de transformarla a su manera. El Obispo Mariano Martí recorriendo en mula, el territorio de la Capitanía General de Venezuela en la segunda mitad del siglo XVIII, inventariando iglesias, fundando hospitales y escuelas. Intentando, según él, de imponer las buenas costumbres en un territorio inhóspito, plagado de mosquitos donde la cultura era patrimonio de muy pocos. Teresa transformando a la mujer, parte muy importante de la venta. Don Pedro escribiendo y enseñando tanto, que a veces decía que se había convertido en una máquina de hacer conferencias; Mario Briceño-Iragorri enseñando, pero sobre todo tratando de humanizar la política, sin ser del todo un político:

“Aunque las preguntas no hacen relación al escabroso tema de la política, empezaré por decir que soy y no soy político.” (Febres Laura, 2001, pag. 270)

La historia de todos ellos puede ser escrita relatando las resistencias que pusieron las ventas para convertirse en castillos. El exilio de su patria lo

tuvieron todos. La intriga también la sufrieron y en el caso de Don Mario, hasta la violencia física.

Cuando escogí estudiarlos no tenía en mente que un día iba a relacionarlos en un ensayo que tuviera como centro el Quijote. Tal vez él y Cervantes estén siempre escondidos, como dicen muchos, detrás de cualquier intento de hacer literatura desde la modernidad. Por eso en este caso, lector, la venta pudo convertirse en Castillo. Un escrito que era un atrevimiento en principio, pudo terminar siendo un pequeño homenaje al Quijote de Cervantes.

BIBLIOGRAFÍA:

